

# Aperitivo con Josefina Baker

Por MARINO GOMEZ-SANTOS



sada! ¡Y tengo un buen marido! ¡Y padre de familia!

—¿La mínima cantidad y la máxima cobradas por una sola actuación?

—La más grande cantidad que he recibido es cuando el público ha aplaudido mucho, cuando se ha entusiasmado; la mínima, cuando el público se ha caído.

Josefina Baker demuestra a través de la conversación un fino espíritu poético. Matiza en cosas muy íntimas y muy entrañables de la Humanidad. Se preocupa mucho de la Humanidad.

—Tengo adoptados seis niños. En ello quiero conseguir un fin democrático: que los seis niños, de diferentes razas y de diferentes religiones, vivan comprendiéndose. Si esto es así, ¿por qué no puede vivir todo el mundo? Ellos se respetan. Hay un japonés, un musulmán, un francés católico... Se entienden bien. Yo les doy una educación católica.

—¿Usted es católica?

—Sí; soy católica. Y esa misma educación se la doy a mis chicos. Es posible que cambien cuando sean mayores, pero eso ya no me incumbe; es bajo su responsabilidad. Me queda la conciencia tranquila enseñándoles a respetar las opiniones y los caracteres de los demás.

Josefina Baker es una criatura preocupadísima más por las "ropas de dentro" que por los adornos "de fuera". A ella le interesa más lo que una persona pueda ser espiritualmente. Na-

da de preocupaciones de guardarropa. Ante todo, las preocupaciones espirituales.

Hablamos, costándonos bastante trabajo para desviar la conversación de lo puramente espiritual, de su arte. Alguien dice en el grupo, con gran puntualidad y justicia:

—Usted es única.

—Alarma espontánea de la Baker. Alarma que le hace levantarse del asiento como si la ofendiesen duramente:

—¡Oh, no! ¡No diga usted eso, por favor! Yo no soy única. Quiero ser humilde. Creo en la simpatía de los demás, eso sí; creo en la amabilidad del público.

Otra vez toma el cabo de su ovillo. Otra vez a la filantropía. Atajamos urgentemente:

—Se ha hablado en la Prensa de sus ideas políticas.

—Yo no soy política. Soy católica. Quien me hace ser política es el público, porque no quiere comprender como debe mi intención filantrópica. En eso hay un error.

Y se queda un momento con la vista perdida, moviendo la cabeza con abatimiento. Cortés la contempla. Yo la contemplo también. Momento emocionante de silencio.

Y, frase sublime, pronunciada en un francés espiritual, grandioso. Frase final de la entrevista:

—Yo quisiera que todo el mundo fuera feliz.

5. VII. 54: "Madrid"

El anuncio decía que Josefina Baker debutaba en Pavillón. Era esto como una invitación para una fiesta a bordo de Pavillón, en que Josefina Baker era la reina absoluta aquella noche.

El gran trasatlántico, con sus luces rojas y azules, estaba anclado en el Retiro, y el protocolo de almirantes con sus uniformes blancos daba las buenas noches al invitado.

Música suave. Veladores con mantelitos alegres, champaña frío. Las garfantas de las botellas, bien abrigadas con un pañolito blanco. La Baker no ha debutado todavía. Cortés, su representante, anda de un lado para otro. Cortés, siempre amable, nos cita para la mañana siguiente, en el hotel. No vemos el debut de Josefina Baker. Antes acudiremos a la entrevista.

Y así es, en efecto. La Baker llevaba esta mañana un vestido amarillo y unas extrañas y graciosas sandalias japonesas. Tiene Josefina Baker una cara de Buda de porcelana. Su tez morena es discreta, como de señorita que veranea en San Sebastián. Nada de exageraciones. Es una mujer morena en verano. Es una mujer graciosa, inteligentísima, elegante, garbosa y con una figura joven.

—Usted ya sabe que yo llegué a París y debuté en el teatro Campos Elíseos. Fue la primera revista que se presentó de gente de color. Fue un éxito. Entonces yo inauguré una "boite". Quise actuar en un local de mi propiedad para que la gente se sintiera en su casa, con intimidad. Tengo una pasión. Es que todo el mundo esté unido, como en familia.

Cuando habla Josefina Baker me interroga con los ojos. Tiene como un recelo de que yo no la comprenda. Me repite dos veces un mismo concepto. Cuando yo afirmo, ella asiente con una gran satisfacción, con un gran afecto.

Le preguntamos que si es casada.

—¡Ah!, sí, sí; soy casada. ¡Qué lástima que a mis años no estuviera ca-